

---

---

# ELECCIONES MUNICIPALES: NUEVO MAPA

---

Luciano Rincón

---



---

---

**Inmediatamente después de cada consulta electoral, los malabarismos porcentuales producen resultados satisfactorios para casi todos. En las últimas elecciones municipales y para los gobiernos autónomos, no ha habido excepciones. Todos hemos ganado, por lo menos durante los primeros días.**

Los expertos de cada partido comenzaron inmediatamente de celebradas a elaborar todo tipo de comparaciones y análisis de porcentajes para demostrar que los resultados eran positivos para ellos. Eso ha sucedido, en general, en el conjunto del Estado, pero quizá más particularmente en Euskadi, cuyo mapa político tiene sus relieves propios. Dentro de la tónica ge-

neral de cambio, Euskadi también tiene una nueva composición política, aunque más matizada y complicada por la mayor complejidad de las fuerzas políticas enfrentadas.

En realidad, a partir de las elecciones municipales y autonómicas de mayo hay dos nuevos mapas políticos: el del Es-

tado, que incluye a una Catalunya con un comportamiento similar al del resto del país, con un descenso del nacionalismo, y el de Euskadi, donde, aunque se han reflejado

**Las cotas de poder municipal  
obtenido señalan  
la confianza en la gestión  
iniciada  
por el gobierno socialista.**

las líneas generales, la presencia de factores propios y discordantes (la especificidad de su nacionalismo y la existencia de una organización sin equivalencia real en ninguna otra comunidad autónoma, como es Herri Batasuna, para cuyo programa pidió el voto la única organización armada homologable en España, ETA militar) exige un análisis distinto. En las dos últimas elecciones —octubre de 1982, mayo de 1983— en Euskadi se ha manifestado cierta inclinación a la tendencia general en el Estado pero con importantes sobreañadidos.

Los primeros resultados, repito, supusieron victorias de algún tipo para todos los partidos y coaliciones presentados. Y eso, que sucedió en general, fue una característica particularmente notable en Euskadi. Con lo que, aunque resulte aventurado adelantar la teoría de que Euskadi «agranda», o desmesura, los fenómenos políticos generales, sí es posible plantearse esa posibilidad como hipótesis de trabajo. En Euskadi, los términos de la confrontación electoral —y más allá de lo electoral— son distintos y los enfrentamientos radicales. En Euskadi, en principio, ganaron todos, aunque para ello hubiera que hacer difíciles equilibrios, sin llegar en esta ocasión, como en las elecciones de octubre, a agrupar y desagrupar la Comunidad Autónoma y Navarra en el sentido inverso de lo que suele hacerse habitualmente. En octubre de 1982, al PSOE, que no reconoce a Navarra como parte de Euskadi, le venía bien manejar el dato conjunto Comunidad Autónoma más Navarra para ser la primera fuerza política, mientras que el PNV, que considera Navarra parte indiscutible de Euskadi, necesitaba separarlas en los análisis para poder ser la primera fuerza política de Euskadi, pues unida a Navarra no lo

era. En las elecciones de mayo, los juegos porcentuales han llegado a refinamientos tales como, para demostrar ya que no la existencia de dos comunidades perfecta-

mente diferenciadas, tarea nada fácil, sí al menos la existencia de dos electorados —el vasco y el españolista—, a recurrir a la afirmación de que mientras el voto del bloque españolista (PSOE-PCE-AP/PDL/UL) ha bajado, el voto vasco (PNV-HB) ha subido, lo cual es cierto con la importante salvedad de que, en el segundo bloque, el que sube es el PNV (que baja en Vizcaya pero mejora en Alava contra todo pronóstico) mientras que Herri Batasuna pierde unos 50.000 votos con respecto a las elecciones municipales de 1979.

Pero juegos sociológicos y vales porcentuales aparte, lo importante de estas elecciones, como la de todas las elecciones, es la cantidad de poder, en este caso municipal, adquirido por cada grupo político; al mismo tiempo que la observación de la tendencia del voto unos meses después de la llegada al gobierno del Partido Socialista por una decisión popular arrolladora. Las cotas de poder municipal obtenido, y la mayoría conseguida en el gobierno de las comunidades autónomas, señalan la confianza en la gestión iniciada por el Gobierno socialista, o al menos la desconfianza hacia cualquier otra gestión posible en este momento. Sin alternativa por la izquierda, la derecha está representada por un partido caracterizadamente conservador y en gran medida heredero del régimen anterior. Lo que hace que pese a la pérdida de votos con respecto a las elecciones generales de 1982 (alrededor de un 22 %, pero la derecha pierde un 15 % de sus votos) no creo que pueda hablarse de voto de castigo, o de cansancio electoral, ya que el voto socialista ha mejorado respecto a las elecciones municipales de 1979. Tampoco la abstención indica, en mi opinión, gran cansancio, puesto que su

aumento se produce con referencia a las elecciones de 1982, pero no respecto a las municipales de 1979 (1979, 60 % de participación; 1983, más del 65 %) y ambas elecciones no son comparables.

Las elecciones municipales y autonómicas suponen la creación de un nuevo mapa político cuya confirmación depende ahora de la gestión del Gobierno. Un Gobierno que no va a hacer política socialista, sino que va a intentar una política de regeneración nacional, asentamiento de la democracia, saneamiento de su administración, creación de una sociedad laica y civil, contención de las fuerzas antidemocráticas y, quizá, establecimiento de bases para un posible debate futuro sobre un proyecto más profundo de transformación. Que es a lo que ha dado su voto, y no a más, la mayoría de los ciudadanos españoles. A su vez, en Euskadi, aunque se hayan advertido signos de aproximación a la línea general, las ofertas se mueven, además de por el tradicional y algo difuminado eje izquierda-derecha, por los ejes a veces paralelos, a veces perpendiculares del nacionalismo-no nacionalismo, de las posibles coincidencias entre nacionalistas de izquierda-nacionalistas de derechas, izquierda españolista-izquierda nacionalista y otras derivaciones que trasladan el análisis político a las clasificaciones lineanas.

Respecto al resultado definitivo que suponen unas elecciones, el aumento o la pérdida de poder, el PSOE ha resultado un vencedor rotundo. Treinta y cinco alcaldes de capitales de provincias — de los que 26 por mayoría absoluta— frente a nueve de Coalición Popular, tres independientes, tres del PNV y el alcalde comunista de Córdoba, son datos suficientes para indicarlo. El PSOE ha perdido votos que se le van en abstenciones y mínima recuperación del PCE, pero que no han sido votos para la derecha, porque todos los demás partidos de implantación estatal prácticamente han sufrido una baja

**Ha aparecido una mayoría definible como moderada, democrática, con pretensiones de cambio y alejada de los extremos.**

proporcional. El PSOE pierde dos millones y la Coalición uno respecto a las elecciones legislativas, pero el número de concejales obtenidos por UCD y AP en las elecciones municipales de 1979 fue el doble que los logrados en mayo de 1983 por la Coalición Popular y los centristas restos del naufragio. Como ya se ha escrito, la mayoría natural no es tal. Como habrá que escribir, la mayoría natural, formación social sutil y casi translúcida creada por los maquetadores de la política fraguista, cuyos límites de intereses coincidentes no ha trazado todavía nadie con precisión, parece disolverse antes aún de haber adquirido forma más o menos reconocible. UCD como sigla única resultó ser más mayoritaria —en su artificialidad— que la supuesta mayoría natural.

En cambio ha aparecido, como nuevo mapa político de España, una mayoría definible como moderada, democrática, con pretensiones de cambio y alejada de los extremos. Un mapa de las comunidades autónomas y un poder municipal mayoritariamente socialista permiten auscultar lo que la mayoría de la ciudadanía espera. El electorado votó en octubre de 1982 un cambio moderado en el que no ha perdido las esperanzas, como demuestra su ratificación en mayo de 1983. Una política de cambio moderado basada en actuaciones quizá poco espectaculares pero fundamentales. Muy esquemáticamente, limpieza y libertad como posibles elementos de trabajo en el interior de una crisis económica de la que el Gobierno español no es el único gestor.

Frente a todas las teorizaciones de quienes creían, o creíamos, que las exigencias de la mayoría, y sus posibilidades de alcanzarlas, iban mucho más allá, esta confirmación es un retrato fiel de lo que la opinión mayoritaria quiere y espera, desembarcada —si alguna vez estuvo embarcada— de aventuras y largas expectativas. El nuevo mapa, que puede ser perdurable si las respuestas de los gober-

nantes se corresponden con las interrogaciones de los gobernados, supone en resumen: hegemonía socialista en la mayoría de las poblaciones importantes, que tienen bajo su administración municipal no sólo a la mayor parte de la población española, sino también a la parte de esa población más inquieta socialmente; que, en general, el socialismo moderado avanza también en las poblaciones que no gana; que la gestión municipal de los partidos de izquierda allí donde la llevan realizando desde las elecciones municipales de 1979 ha sido revalidada; que el socialismo moderado es el que mejor se ajusta a las pretensiones actuales de un electorado mayoritario, poco dado a la radicalidad por ninguno de sus extremos; que la inmensa mayoría de la población española se asienta firmemente en los comportamientos democráticos, por muy de meramente formales que se les califique o que se les quiera descalificar.

El cambio de mapa político en Euskadi no es tan visible pero se produce igualmente. En Euskadi, gran parte de las zonas industriales han dado sus votos a los socialistas; han regresado al socialismo tras la sorpresa del predominio nacionalista en las anteriores elecciones municipales. En Vizcaya, en el Ayuntamiento de Bilbao, el PSOE ha pasado, pese a tener menos votos que en las elecciones generales de 1982, de tener cuatro concejales a tener nueve, y Euskadiko Ezkerra ha pasado de uno a dos, exactamente el doble, mientras que el PNV baja de 13 concejales en el anterior Ayuntamiento a 11 en el actual, y Herri Batasuna de seis a tres, exactamente la mitad. En la conocida Margen Izquierda de la ría de Bilbao, la zona de más alta concentración industrial y demográfica de la provincia —Baracaldo, Sestao, Santurce, Portugalete, zona minera—, la mayoría socialista, en general absoluta en casi todos los municipios, ha retomado la dirección de los Ayuntamientos. Y en Guipúzcoa se ha producido la victoria

socialista de Rentería, altamente simbólica, y una mayoría municipal en Irún que no llegó a transformarse en alcaldía socialista por la muy conocida coincidencia de votos a favor del candidato del PNV de la Coalición liderada por Alianza Popular y Herri Batasuna.

Estos datos son muy importantes en sí mismos, aunque el PNV mantenga los Ayuntamientos de las tres capitales de la Comunidad Autónoma —ninguno con mayoría absoluta y el de Bilbao con dificultades para lograr una mayoría estable—, porque significan dos cosas importantes: por una parte, que el PNV, y el nacionalismo en general, se aproximan a su techo, si no lo alcanzan; y en segundo lugar, que Herri Batasuna pierde sus bastiones industriales, como Rentería, el «laboratorio revolucionario de Euskadi», y gana votos, en cambio, en las zonas rurales. Ruralización de HB que supone,

---

**Las zonas industriales  
en Euskadi han regresado  
al socialismo  
tras la sorpresa del predominio  
nacionalista.**

---

a su vez, su regreso a las fuentes nacionalistas. HB va a ir asumiendo progresivamente su papel de nacionalismo radical, ala independentista e intransigente del

PNV. En este sentido, el PNV ha emitido en su dirección algunos mensajes importantes. El presidente del PNV decía en un discurso reciente: «Nosotros prometimos a nuestro pueblo un estatuto por lo menos igual que el anterior y los ciertos económicos. Y los que dicen que es poco, que sepan que somos de la misma sangre y que es mil veces más difícil aguantar las humillaciones de Madrid que estar en la cárcel». Por su parte, en el periódico *Deia*, portavoz más que oficioso del PNV, uno de sus colaboradores afirmaba (5-6-83) en un análisis de los resultados electorales: «Hay finalmente quien ha visto ya el principio del fin de HB. Para mí esto es no conocer la fuerza social que ha puesto en marcha este frente de resistencia y olvidar que HB, con errores o sin ellos, con faltas o sin ellas, con injusticias o sin ellas, ha comprendido, interpretado y defendido muchas de las

aspiraciones más profundas del pueblo vasco. Su apoyo no le faltará tan fácilmente».

**En Euskadi una opción creciente, aunque oscilante, ha decidido apoyar el cambio posible en el Estado.**

Esa ruralización del voto HB supone, al mismo tiempo, la aproximación acelerada entre PNV y HB para la creación de un «Frente Nacional», y el inicio del fin de su papel de «Frente de rechazo». Herri Batasuna ha reunido en torno suyo a descontentos de la transición, a impacientes por la lenta construcción de un nuevo país, a opuestos a la reforma, a grupúsculos revolucionarios huérfanos, a grupos marginales que no encontraban su lugar en una sociedad resistente incluso a cambios mínimos, y ha servido de bandera para toda la legión, más o menos famélica, que decía no a cada propuesta, que cerraba toda puerta al diálogo y que rechazaba, por puramente formal, la democracia en instalación. Pero el tiempo ha pasado sin que en HB se haya cohesionado nada mientras pesa cada día más sobre sus decisiones la subordinación a su propio «poder fáctico», armado y desesperado. El tiempo ha pasado sin que a reivindicaciones concretas, o a planteamientos de revoluciones inmediatas, se respondiera más que —y a todos lo mismo— con la épica de la represión. La revolución y un Euskadi unificado, socialista y euskaldún no son respuestas a la demanda cotidiana de trabajo, libertades, paz, o, simple y municipalmente, un semáforo. El laboratorio revolucionario de Rentería ha pasado, municipalmente, a manos del PSOE, aunque este partido vaya a tener difícil el gobierno local por que la oposición, que ha perdido su reducto simbólico, precisamente el que explicaba la posibilidad de la revolución, así como su inmediatez, llenará los plenos municipales con sus seguidores y se mantendrá en la calle. Pero ese será otro problema, distinto del cambio de mapa político del país y Euskadi.

Respecto al voto obrero de los núcleos industriales, los medios nacionalistas lo rechazan afirmando que no son votos

obreros sino votos inmigrantes; que no es un voto de izquierdas sino un voto español. Lo cual, en todo caso, lo que hace es incidir y reincidir en la tradición de la

historia moderna de Euskal Herria con la identificación entre obreros industriales e inmigración, negando, después de tanta afirmación en contra, la capacidad de integración de los trabajadores llegados de otras zonas y otras culturas, que reaccionan ahora devolviendo el voto a «la madre patria». Esta afirmación sitúa en una extraña, e inexplicada, situación el voto a Euskadiko Ezkerra y el voto perdido por HB en las zonas industriales —¿se españolizan y desespañolizan algunos según qué convocatorias electorales?—, y obliga a pensar si el voto a HB en Rentería era un voto inmigrante-español que ha vuelto a su colegio electoral natural o si es voto vasco que se ha españolizado.

Esta reagrupación por nacionalidades ha llevado a algún experto nacionalista, en su tesis sobre los dos electorados, a dictaminar que, en su opinión, en Euskadi se enfrentan un electorado constante, el vasco, y un electorado inconstante, zigzagueante —poco maduro, podría deducirse de sus conclusiones—, el españolista. Lo que se traduce en la fidelidad del voto vasco a los partidos vascos —al PNV fundamentalmente, pues HB ha perdido votos— y las elevaciones y descensos del voto español, que se dirige a un partido u otro no tanto como opción izquierda-derecha sino en tanto que la llamada, o llamables, «oferta española» es más neta y contundente. Y en las últimas elecciones municipales, esa «oferta española» la ha representado el PSOE.

Sin embargo, esa interpretación del voto no es la única posible. Es posible también otra: la de un electorado acrítico frente a un electorado crítico. El primero aceptaría las tesis de los partidos que le representan sentimentalmente al pie de la letra, votaría a sus «jefes naturales» y no

se cuestionaría ni la dirección, ni el programa ni el futuro. El segundo electorado aceptaría, en cambio, en cada elección, las propuestas electorales de cada partido. Y entonces, y posiblemente con el mismo exceso de «cientifismo de barricada», se podría decir que el primero es un electorado inmaduro frente a la madurez del segundo electorado. Lo que sucede, en mi caso, es que ni creo en las dos comunidades, de cada día más difícil definición precisa, ni veo las delimitaciones fronterizas de los dos electorados.

En Euskadi, una opción creciente, aunque oscilante, ha decidido apoyar el

cambio posible en el Estado, y ha sumado sus votos, también en las elecciones municipales —aunque en menor medida que en las generales, que era en las que se ofertaba directamente esa posibilidad—, al nuevo mapa político del Estado, reforzando la administración central socialista con una administración local creciente del mismo signo, aunque sin olvidar los difíciles problemas pendientes en el ámbito de la administración plena de la autonomía. Lo que, manteniendo la especificidad de Euskadi, no contradice el giro mayoritario hacia una izquierda moderada y democrática gobernando el Estado y la instalación de la inmensa mayoría en un sistema democrático.